



Allí te encontré, Señor

Betel

Grupos Maristas de Encuentro

El lugar donde se puede descansar en Dios (Gn 28, 10-22)

Es aquí, en Betel, donde Jacob descansa en su huida; ha engañado a su hermano y teme sus represalias. Solo, asustado y sin saber muy bien hacia dónde se dirigirán sus pasos, se encontrará con Dios en sus sueños.

Este lugar nos habla de un Dios que no nos abandona, que, a pesar de nuestros fallos, nuestros sinsentidos o de nuestras dudas, se nos muestra misericordioso y tierno, invitándonos a confiar.

Caminando por tierra sagrada

Betel se encuentra a unos dieciséis kilómetros al norte de Jerusalén, en el centro de la región de Canaán. Es la segunda ciudad que más aparece en la Biblia, detrás de Jerusalén. Donde primero se menciona es en Gn 12, 8. Abraham se detiene allí en su camino hacia la tierra que Dios le ha prometido y levanta un altar.

Pero Betel es realmente considerado un lugar santo por la fuerte experiencia de encuentro con el Dios de Jacob, al pasar la noche allí. A la mañana siguiente Él decide levantar un altar y cambiarle el nombre por el de Betel «Casa de Dios» (dice el texto bíblico que antes esa ciudad se llamaba Luz). Betel se convirtió entonces en un santuario para los israelitas, un lugar de peregrinaje y oración.



Una historia de sabiduría cristiana...

De Jacob conocemos un rasgo que nos lo describe muy bien: su perseverancia (después de catorce años logró casarse con Raquel con la que tuvo doce hijos que fueron el origen de las doce tribus de Israel).

Pero los patriarcas en la Biblia no se nos presentan como personas sin fallo alguno, siempre haciendo lo correcto, sin dudas, etc. Sino que en ellos nos podemos sentir claramente identificados; son personas a las que Dios llama con sus defectos y virtudes. A Dios no le importan la tartamudez de Moisés, la

Provincia Ibérica

edad de Abraham o los engaños de Jacob. Su respuesta positiva será suficiente, porque Él no los dejará solos, los acompañará en su camino.

La personalidad de Jacob es compleja, tiene aspectos que le hacen resultar fascinante y a la vez, un poco embaucador. Su propio nombre significa eso «astuto, el que engaña». Y no podemos decir que su comienzo no tiene mucho que ver con todo esto. Él es el elegido por Dios, pero la tradición dice que la primogenitura recae en su hermano Esaú, a pesar de ser mellizos y haber nacido a la vez. Con la ayuda de su madre, Rebeca, consigue la bendición de su padre, pero esto le acarreará enemistad con su hermano y tendrá que huir.

Es en este momento cuando Jacob llega a Betel. Va huyendo de Esaú, su madre le ha mandado a casa de Labán, su hermano. Pero el camino es largo y al caer la noche, Jacob decide descansar en Betel... Este es el relato de Gn 28, 10-22.

Jacob partió de Berseba y se encaminó hacia Jarán. Cuando llegó a cierto lugar, se detuvo para pasar la noche, porque ya estaba anocheciendo. Tomó una piedra, la usó como almohada, y se acostó a dormir en ese lugar. Allí soñó que había una escalinata apoyada en la tierra, y cuyo extremo superior llegaba hasta el cielo. Por ella subían y bajaban los ángeles de Dios. En el sueño, el Señor estaba de pie junto a él y le decía: «Yo soy el Señor, el Dios de tu abuelo Abraham y de tu padre Isaac. A ti y a tu descendencia les daré la tierra sobre la que estás acostado. Tu descendencia será tan numerosa como el polvo de la tierra. Te extenderás de norte a sur, y de oriente a occidente, y todas las familias de la tierra serán bendecidas por medio de ti y de tu descendencia. Yo estoy contigo. Te protegeré por dondequiera que vayas, y te traeré de vuelta a esta tierra. No te abandonaré hasta cumplir con todo lo que te he prometido».



Al despertar Jacob de su sueño, pensó: «En realidad, el Señor está en este lugar, y yo no me había dado cuenta». Y con mucho temor, añadió: «¡Qué asombroso es este lugar! Es nada menos que la casa de Dios; ¡es la puerta del cielo!»

A la mañana siguiente Jacob se levantó temprano, tomó la piedra que había usado como almohada, la erigió como una estela y derramó aceite sobre ella. En aquel lugar había una ciudad que se llamaba Luz, pero Jacob le cambió el nombre y le puso Betel. Luego Jacob hizo esta promesa: «Si Dios me acompaña y me protege en este viaje que estoy haciendo, y si me da alimento y ropa para vestirme, y si regreso sano y salvo a la casa de mi padre, entonces el Señor será mi Dios. Y esta piedra que yo erigí como pilar será casa de Dios, y de todo lo que Dios me dé, le daré la décima parte».

Con la promesa recibida, Jacob proseguirá su camino, pero esa es la historia de los catorce años que sirvió en casa de Labán para casarse con Raquel.

... para nuestra vida

La historia de Jacob y de su encuentro con Dios en Betel nos hablan de aspectos que forman parte de nuestra vida. Nuestro caminar como personas y como cristianos está plagado de momentos en los que nos sentimos en una encrucijada, en los que estamos solos, con la sensación de no saber hacia donde vamos o con dudas.



Si tomamos como modelos a los patriarcas nos damos cuenta de que sus vidas son como las nuestras, se equivocan, rectifican; tienen miedo o toman decisiones arriesgadas; se sienten con fuerza y confianza o cansados y con dudas; pero siempre tienen a Alguien que los acompaña, su fe les hace continuar, les hace levantarse a pesar de todo. El sentirse queridos y cuidados por Dios hace que se mantengan fieles a su respuesta primera.

Jacob vive una situación difícil, su mundo se ha puesto patas arriba, ¿habrá hecho lo correcto? ¿cuál es el paso siguiente?



Ahora mismo está solo y en peligro. Parece que lo ha perdido todo, tiene que dormir bajo las estrellas, usando por almohada una piedra. Y lo paradójico es que allí es donde se encuentra con Dios. En el peor momento Dios le habla, le hace sentir que él es querido y elegido por Dios, a pesar de sus fallos.

El encuentro con Dios se da muchas veces cuando parece que no tenemos esperanza, cuando nuestra vida nos pone en una encrucijada, es en esos momentos cuando la intensidad de la experiencia de Dios es más fuerte.

Nuestra oración, en los momentos en los que todo carece de sentido, puede ser complicada. Pero nuestra experiencia nos dice que sin ella todo es más difícil.

Dinámica para la reflexión

- Si echamos la vista atrás seguro que podemos encontrar nuestros particulares «Betel». Lugares o momentos en los que hemos sentido la presencia de Dios de manera muy intensa. Especialmente cuando nos sentíamos tocando fondo o con la sensación de estar en una encrucijada. Recuerda e intenta buscar qué tienen en común con la experiencia de Jacob.
- ¿Busco encontrarme con Dios o es Dios el que me encuentra? A veces nos cuesta encontrar momentos para orar, para estar en silencio, en soledad. ¿Cómo es tu experiencia?
- A veces, en una encrucijada de la vida, la pregunta que nos puede ayudar a seguir es: ¿Qué quiero conservar en mi vida? Y esto nos puede dar luz sobre los caminos que debemos tomar. Nos damos un breve tiempo para pensarlo y pasamos a compartir lo que pensamos y sentimos.

Momento de oración

Canción. Vivir (Rozalén y Estopa)

Vamos a escuchar una canción muy conocida que nos relata un momento vital de encrucijada que ha supuesto una experiencia de crecimiento, de cambio, e incluso de conciencia de la Fuerza (espíritu de Dios) que nos habita.

Sabes, hace tiempo que no hablamos. Tengo tanto que contarte.
Ha pasado algo importante. Puse el contador a cero.
Sabes, fue como una ola gigante.
Arrasó con todo y me dejó desnuda frente al mar.
Pero sabes, sé bien qué es vivir.

No hay tiempo para odiar a nadie, ahora sé reír.
Quizá tenía que pasar.
No es justo, pero solo así se aprende a valorar.
Y si me levanto y miro al cielo,
doy las gracias, y mi tiempo lo dedico a quien yo quiero.
Lo que no me aporte, lejos.
Si alguien detiene mis pies, aprenderé a volar.
Y si miro a todo como un niño, los colores son intensos.
Yo saldré de aquí si lo creó así.
Cuando me miren sabrán que me toca ser feliz.
Sabes, he pasado mucho miedo. Este bicho es un abismo.
Se me cansa el cuerpo. Se me parte el alma y a llorar
Pero sabes, he aprendido tanto, tanto.
Esta vida me ofreció una nueva oportunidad.
Ahora soy feliz. Porque sé bien que es vivir. Ahora sí que sí.

Momento personal

El encuentro de Dios se da muchas veces cuando parece que no tenemos esperanza, cuando nuestra vida nos pone en una encrucijada, es ahí cuando la intensidad de la experiencia de Dios es más fuerte. Nuestra oración en esos momentos puede ser difícil. Pero nuestra experiencia nos dice que sin ella, todo es más difícil aún.

Rezamos personalmente en un momento, ofreciendo a Dios esas experiencias vividas, suplicando fuerza o agradeciendo lo recibido.

Salmo 30. Salmo en un momento de apuro (adaptado)

Orar con los salmos es orar con la experiencia de multitud de personas que han vivido experiencias como las nuestras. Nos unimos a esta larga Historia de Salvación para suplicar saber vivir toda circunstancia en Dios.

Oh Dios, cuento contigo en mis apuros, no me falles, que te quiero.
Oh Dios, tú eres diferente y me amas así,
deshecho o entero, como esté ahora.
Qué grande es tu bondad, Señor,
qué maravillosa tu ternura.
Has guardado para mí tu salvación
y me la entregas como un regalo.
Me brindas tu perdón
y yo me siento estremecer de gozo
al saberme perdonado.
Me siento de nuevo como un hijo tuyo,
que regresa a casa
y entra en la fiesta.
Bendito seas, Señor, Dios de amor y misericordia,
respuesta en los apuros.
Bendito seas, Señor, fiel como nadie,
constante en tu amor hasta el extremo.
Has mirado mis ojos con la luz de tu pureza.
¡Bendito seas!
Yo soy tu amigo, Señor, no me dejes otra vez
meterme en la tiniebla.
Afirma mi débil corazón, Señor, y haz que espere siempre en tu ternura.
Gracias, Señor, porque de nuevo has alentado mi vida y me siento libre.
Amén.

